

ARTÍES

Y SU PARADOR



VALLE DE ARÁN: UN MUNDO APARTADO DEL TIEMPO

"El vall d'Arán es un valle menos rico de lo que su perenne verdor puede dar a entender, pero admirablemente aprovechado. Los grandes bosques de abetos de sus importantes laderas son prodigiosos; los prados tienen una gran densidad vegetal, el agua se toca con la mano, encanta los oídos con sus rumor grave... Los árboles que crecen en sus márgenes son de una esbelta elegancia... Uno queda fascinado por la calma, el orden, la calidad de las cosas del valle".

Josep Pla

Accidentando el istmo por el que la península Ibérica se une con el continente europeo, se eleva el Pirineo, relieve inamovible cuya edad se cuenta por millones de años. Su alzamiento brutal, observado en su vertiente septentrional, sobre la cuenca de Aquitania, desciende escalonadamente hacia España, impregnado de una dulzura que derrama por los valles.

La imponente cadena montañosa asomó sus perfiles allá por el Terciario, hace 50 millones de años, si bien sus primeros balbucesos se remontan al Mesozoico, cuando el planeta era un mundo perdido poblado de saurios. Al tiempo que los Pirineos, brotaron las Montañas Rocosas, el Himalaya y los Alpes. La Tierra era entonces una Pangea que se rompió en dos: Europa y África, que a partir de ese momento derivaron por separado en direcciones opuestas hasta que África, repentinamente, invirtió su rumbo a la zaga de Europa. En las ocultas entrañas del planeta madre, las placas de los continentes hermanos convergieron. El océano alpino desapareció subducido y ya no hubo medio de frenar la colisión entre las placas africanas y europeas. Bajo la cobertura nívica, en apariencia quietos, en el horizonte se distinguen, cual criaturas originadas por un mito, las superposiciones y elevaciones consecuencia del impacto aquel y que hoy conocemos como Los Pirineos.

Los rasgos de fiereza alpina se evidencian en las cumbres recortadas, en la compañera disposición de sus volúmenes, en las múltiples cumbres y en la presencia de glaciares vivos. Frente a frente y en parejo estatismo, el viajero y las montañas gozan al unísono del aislamiento y la coronación del silencio. Las profundas erosiones, que subyugan los ojos de quien las observa, sobreexcavando los valles que modelaron los viejos glaciares por los cursos fluviales, son fruto del glacialismo del Cuaternario. En el Valle de Arán el hielo tenía en aquella era lejana un grueso de 400 metros; los valles son el trabajo del sol que en prolíferos caudales liberó al agua del frío que la retenía.

Siguiendo a un joven rebeco, el hombre primitivo se interna en la montaña. Las hayas, los abedules, los robles, le guarecen en el estadio montano pero, a medida que asciende, el frío aumenta y la vegetación, dura, se materializa en enebros y frondosas pendientes protagonizadas por el pino negro. En lo alto del subalpino, el cazador prehistórico, magnetizado por las blancuras angélicas de la edelweiss, mítica flor de la nieve, al amparo de oquedales y la incipiente primavera.

Los celtas se meten entre los dólmenes y, como la del granito formando picos en la morfología montañosa, es la intrusión de su cultura, accidentada, guerrera pero revitalizante y fértil. Entre los matices adquiridos por el pueblo resultante sobresalen por lo alto el hierro de la espada con que rechazan al enemigo y, a ras de suelo, la

tierra que han aprendido a cosechar. Cuando los romanos toman los escondidos valles, nos referimos ya al siglo III a.C., dan fe de la rareza de sus habitantes y de su imposible semejanza con otros pueblos iberos.

La vida del aranés prosigue su curso por cañadas y collados detrás de los rebaños, apenas afectada por el prolijo trabajo imperial que hasta allí arriba alargan sus vías de comunicación uniendo Perpinyà con Girona y Barcelona mediante la Via Augusta, y, en tiempos de Pompeyo, la vía romana que vinculaba la entonces Vetula, hoy Vielha, con Lérida, a orillas su trazado del río Noguera Pallaresa.

La abierta vía comercial es aprovechada, una vez caído el imperio, por los bárbaros y visigodos que allí se instalan, entre cuyo legado hay que celebrar las más antiguas sedes cristianas en las estivaciones pirenaicas; y que serán tomadas como ejemplo de tesón religioso y como basamenta, a menudo, de los templos de los siglos venideros.

Pero no son los afanes místicos, ni las ansias de transcendencia, no son el hastío terrenal ni los deleitosos guiños del Altísimo los detonantes del auge arquitectónico, sino el éxodo hasta los riscos, consecuencia de la ahuyentadora dominación árabe, de los catalanes viejos y cristianos emigrantes del interior. En Lérida y Tarragona el dominio árabe es pleno.

ROMÁNICO FERVOR

Los momentos de esplendor románico se aprovechan de las circunstancias históricas que propiciaron la existencia de las dos Cataluñas, la Vieja y la Nueva; las divisiones condales y el feudalismo. Decisivo, así mismo, fue el crecimiento demográfico: unido a la expansión económica de los siglos XI y XII, y a una reforma estructural de la Iglesia, con la adopción de la liturgia romana y la llegada de la regla benedictina, consumó las elevadas cotas artísticas que el románico de influencia lombarda nos ha dejado.

La conquista de Tarragona amplía el marco geográfico, esbozando los límites de la Cataluña Nueva. La tarea subsiguiente a la conquista es la repoblación y la construcción de magnos edificios de culto, en las urbes principales. Ya se atisban las catedrales.

La cordillera es para entonces decididamente una barrera natural entre culturas que chocaban, entre infieles y cristianos. Pero el valle, dislocado por mirar la vertiente francesa de los Pirineos, es ya en fecha tan temprana distinto. La primera referencia documentada de la existencia administrativa de la cultura aranesa la encontramos en las 'Ordinacions' de Juan Francisco Gracia, en el año 1616. Allí se confirma la existencia de un arca, custodia de antiguos documentos del valle teniendo por sede la iglesia de Sant Miquel de Vielha.

Hoy el cargo del archivo Histórico General de Arán se halla en la 'Casa deth Senyor de Arros', casa aranesa del 1820. Los enseres, aperos, alhajas, vajillas, instrumentos musicales y otros rastros

artesanos que allí se han recopilado alumbran al extraño en el conocimiento de las peculiaridades antropológicas de esta minúscula nación, de este grande pueblo. Los valles repiten el legado a las claras, la hierba del prado es elocuente, lo corean las ovejas. Casi todo, como entonces, continúa pautado por los soles, las lunas, los deshielos, las cosechas.

Fuera del museo, el pueblo vivo, con sus ritos y costumbres resurgentes evocan el esencial arraigo a sus antepasados y el evidente vínculo con la sensibilidad gascona.



FUEGO Y AMOR

A los pies mismos del Parador, en el que el viajero tiene su casa, al igual que en otros poblamientos del valle, Artés renueva mediante el fuego su amor y agradecimiento a la tierra que lo alimenta. Es un rito de origen pagano que extiende sus solícitas vocaciones de fecundidad a cuantos humanos se acerquen y bailen. La Fiesta del Taro, poco antes de Sant Joan, comienza arrancando un abeto, el más grande del bosque, que acto seguido se planta en las afueras del municipio, en el camino de Sacuma. Allí queda hasta la noche del día 23 en que es bendecido, quemado y arrastrado por las calles hasta la casa del alcalde. No será, probablemente, la única ocasión en que el visitante sea deleitado por los danzarines que en cada pueblo ejecutan sus diferentes locales estilos. Las inclemencias políticas arrastran a esta sociedad perteneciente a Cataluña al oleaje Mediterráneo, fortalecido por la unión con el reino de

Aragón en el acuerdo histórico del año 1137. El sistema montañoso pasa entonces a ser frontera con el norte, que alarga su convulsión entre las coronas



francesa y española incluso después de la Guerra de los Treinta Años, en el siglo XVII. La hermandad con los pueblos fronterizos de la civilización aranesa, no obstante, es un hecho incuestionable; y su rastro, evidente en la lengua aranesa, variante del occitano, una de las más floridas lenguas románicas. Geográficamente, la lengua d'Òc abarca el conjunto de dialectos de la zona meridional de Francia, llega a Italia y a este lado de los Pirineos. En la Edad Media, el conjunto dialectal, hablado con mayor contumacia, es el verso de los trovadores y canta así:

*Aqeres montanhes
Aqeres montanhes
Que tan nautes son,
M' ampèishen de véder
Mèns amors a on son.
Se cantes perque cantes
Cantes pas per jo
Montanhes coronades
Tot er an de nhyèu
Tain mautes e bères
Que vos pune eth cèu.
Naules se son nautres
Ja s'abaisharan
Es mies amoretes
Que s'apropaàn.*

El Valle vuelve a ser territorio francés durante el imperio de Napoleón que incluye a Arán en el inventario que lista en la "Hauté Garonne". A los ingenieros oriundos del otro lado de los Pirineos debe también esta tierra el primer borrador de túnel que un siglo más tarde toma forma.

Hasta ese momento, cuando la penetración de la revolución industrial que en estos lares, ha sido la revolución turística, la cultura aquí adocenada, plural gracias a las fuentes vecinas siempre en riego: dilataron y exageraron el medioevo. Si la montaña brotada en el altiplano era un altar remoto, inaccesible, extraño a la civilización y a la moral, para el nativo

encajonado en sus regazos, las cúspides ostentaban otros muchos increíbles poderes. Silfides, brujas, duendes, cazadores errantes, gigantes, hijos de dioses y visionarios curanderos para contrarrestarlos pueblan estos los bosques y las cimas, las noches, los vientos y la memoria colectiva de los aldeanos. Una niebla muy espesa y prolongada de leyendas ha desdibujado la realidad geológica, la verdad tectónica de los Pirineos, sus faces, hasta nada menos que 1973 en que se publicó el mapa definitivo que radiografía al completo la cadena montañosa, acabando, entre otras mentiras científicas, con la que afirmaba que los Pirineos eran dos cadenas distintas que se cruzaban en el valle de Arán.

Pero el nitido relieve del Aneto, la Tuca de Mulleres o el Pico de Russell, por encima todos de los 3.000 metros, no fueron ganados de repente sino paso a paso, mosquetón a mosquetón, con la fuerza de la cordura, el empuje de la voluntad y la locura de no claudicar a las calamidades del frío. Mas, antes que las dificultades montañosas, fueron las dotes benefactoras de las aguas las que señalaron estos crudos indeseables relieves como apetecibles para sanar ciertas dolencias, abriendo la primera veta turística. Luego de ello, considerados a media distancia, desde la conciencia europea de la exploración que los Alpes ya habían despertado, comenzaron las mil cumbres del macizo a divisar hormigas trepándole. Dejando a un lado a Pedro el Grande, a quien suele concedérsele el título de primer pirineista y que, si prestamos oído a la leyenda, dio muerte a un dragón en Canigó, los primeros acercamientos serios a la naturaleza de la montaña se remontan al último cuarto del siglo XVIII, época en que se efectuaron clasificaciones mineralógicas y se conquistó el Monte Perdido. Las cumbres, parientes de estos valles, reservaron sus soledades todavía unas cuantas décadas más, concretamente hasta el año 1842 en que Tchihatcheff y Franqueville emprenden la ascensión del Aneto. Pero es H. Russell, incombustible aventurero que, tras recorrer Siberia, China, Japón y Australia, rindió tributo a esta parte aranesa de los Pirineos dejando abundantes escritos de cuestionado valor científico pero indudable valor literario, quien líricamente mejor representa la conquista de la cordillera:

"Si mis exploraciones han sido inútiles a la ciencia, -confesaba a la postre el poeta- no me arrepiento...:que sean tres veces benditas las horas y los años que he pasado en estas regiones serenas y luminosas ¿cómo podría deplorarlos si he aprendido en la santa soledad de las montañas a temblar ante Dios, a olvidar a los que me han hecho daño y a calmar a un corazón demasiado tormentoso como para ser feliz largo tiempo entre los hombres?"



Una centuria y media de montañismo más tarde, y con los valiosos trabajos cartográficos de los incansables pioneros, los Pirineos ya no retienen ningún secreto, sí, por contra e igual de immaculado, conserva su misterio. A diferencia de otras grandes montañas como los Alpes o el Himalaya, montañas



aguja de la torre de San Juan y el pico del Montardo. La vía por la recolección románica diseminada en los campos serranos está muy entreverada de geografía accidentada y riqueza natural y es la que sigue este itinerario. La montaña, norte seguro al que muchos de los forasteros

inhóspitas, los Pirineos, y ésta es opinión extendida y docta de los héroes que la preservan, retienen como ninguna otra cordillera, la calidez humana; su escalada es abordable y recompensa los sinsabores a merced de los vientos gélidos, tras cada jornada, con una copa de vino, una mesa amistosa y la amable acogida de los lugareños. Abajo, la montaña es collado, derrama, valle y, aún más allá, el impresionante relieve de granitos y pizarras del Parque Natural que emergió de las aguas que cubrían el lugar hace unos doscientos millones de años. El paisaje suavizado es el resultado del minucioso trabajo de erosión de las grandes masas de hielo en los diversos periodos glaciares. Ahora, retirado el hielo, el agua es su principal protagonista, formando lagos y los meandros de alta montaña, tan característicos y que dan nombre al Parque de Aigüestortes. El fenómeno es observable también en su máxima expresión en los ríos San Nicolau y Aiguam. De los casi 300 *estany*s encaprichando las faldas montaraces, repartidos por la región, la mitad se concentran en este entorno protegido, el único Parque Nacional de Cataluña. Las restantes acumulaciones de agua son lagunas temporales que suelen secarse a finales de verano. ¿Sus habitantes?, la Trucha Arco Iris, el Piscardo, la Rana Bermeja y el emblemático Tritón Pirenaico. Pero no pierda ojo el visitante que no es raro ver abrirse las aguas rotas desde el fondo por un Mirlo autóctono que gusta de bucear. Nadando suele estar el Ánade Azulón y a grandes zancadas desplazándose la Garza Real. Si llega a quedarse el viajero hasta la anochecida, es posible que goce del increíble Desmán y de la no menos espléndida Nutria que acude a bañarse en el crepúsculo.

POR EL VALLE ROMÁNICO DE ARÁN

Legado a Arties, el viajero no tardará en intimar con sus calles. Es pueblo amistoso, y de grata acogida. Alojarse en el Parador colma a quien allí se hospeda de paisaje pirenaico, especialmente al atardecer, cuando montaña y campanario acaparan los oros del poniente. legado a Arties, el viajero no tardará en intimar con sus calles. Es pueblo amistoso, y de grata acogida.

Alojarse en el Parador colma a quien allí se hospeda de paisaje pirenaico, especialmente al atardecer, cuando montaña y campanario acaparan los oros del poniente. Nos hallamos a 1.144 metros de altitud, en la que fuera villa veraniega del aventurero y conquistador don Gaspar de Portolá, a quien debemos el descubrimiento de la Alta California.

Llaman desde el ático al recién llegado esas dos cumbres que son la

dirigirán su brújula, accede a su seducción si se está dispuesto a caminar y no se desfallece ante las alturas.

El monte de granito al fondo de Arties que se divisa, no alcanza los 3.000 metros. Su ascensión hace pasar al senderista por bosques de pino negro, lagos y collados hasta la soberbia cumbre que mira la vertiente sur, telonada por el pico **Punta Alta**. Premia con creces los esfuerzos, pero es imprescindible dividir la excursión en dos jornadas: Es obligada la pernocta en un refugio.

Dejando el Parador, la casa noble que lo hospeda y que ya habrá advertido el visitante posee una hermosa torre de piedra y pizarra y una pequeña capilla como rasgos originales de lo que fue, ha de visitarse en la misma Arties, la **iglesia de San Joan**, muy bello edificio de tres naves con bóvedas de medio cañón que en las cabezas de sus laterales conserva la decoración de arquillos lombardos. De origen románico, siglo XIII, reformada y ampliada gótica en 1385, conviene acercarse a sus dos portadas, y aún traspasarse, para ver las pinturas murales del altar. Hoy la iglesia se encuentra acondicionada para dar cobijo a una sala de exposiciones.

La carretera persigue el río Garona, juega con él, encrucijándolo, hasta las fuentes francesas. **Garòs**, todavía por encima de los 1.000 metros, reúne un considerable montón de casas veraniegas al estilo de la comarca. Buena muestra de ello se encuentra cerca a la plaza de Garòs, donde se ubica la más soberbia representante del estilo, una casa típica aranesa, con más de 700 años de antigüedad, que por mérito turístico ha sido galardonada con una medalla.

El Pirineo es su arquitecto, como el de sus vecinas, todas juntas, apretujadas contra el frío, cubiertas por acusados tejados de mansardas a dos aguas, en torno a un patio central que pone en comunicación a la familia. Claro que tiene iglesia, Garòs, y con detectables elementos románicos, al igual que el pueblo inmediato, **Casarih**, en el que, si el viajero se detiene, encontrará también casa noble.

Mayor en población y acopio turístico es **Betren**, marchando siempre por la carretera hacia el este. Allí las amontonadas viviendas hacen sitio a una plaza mayor y a dos iglesias; la de **Sant Sadurní**, del siglo XII reformada en el XVI, y la parroquial de **Sant Esteve**, unánimemente considerada uno de los conjuntos más bellos y completos de la arquitectura eclesíástica del valle. Por la puerta gótica adornada con figura

en alto relieve el templo guarda dentro una pila bautismal románica de divino cincelado vegetal.

Así llegamos a **Vielha**, capital del valle, renombrada desde antiguo por la gracia de un privilegiado emplazamiento, y el mítico túnel que le abre las peñas hasta la Alta Ribagorça. No encontrará el viajero lugar mejor provisto de recursos en todo el recorrido, de forma que será éste el momento oportuno de proveerse de lo que le prestará servicio. La parroquial de **San Miqueu** destaca por su proteica presencia como el principal edificio. La población, corriente a lo largo de su río Nere, dispone en su paseo de otros disfrutes arquitectónicos como son la **torre de Santesmases**, las casas de **Co de Rodes** y **Co de Fedusa** y el **Muséu dera Val d'Arán**.

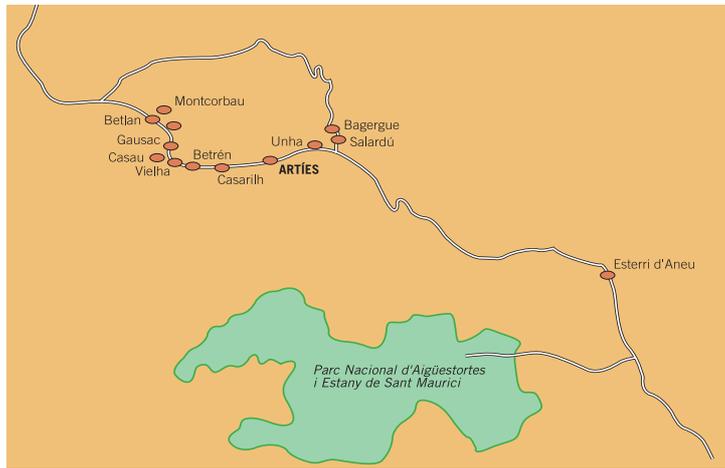
El interior de la península pasa hasta Vielha, sigilosa bajo el túnel, evitando alertar de su presencia a la variada fauna que tiene su paraíso en el **Parque Natural de Aigüestortes**. Es este paso el mismo que, sin el socorro tecnológico del túnel y las calzadas, repitieron por penosas cañadas, siglo tras siglo, los pastores en la transhumancia de los rebaños huyendo de la montaña en invierno. Cuando volvía a ser el tiempo benefactor y propicio, emprendían éstos el remonte hacia los prados, no sin antes reunirse, según los valles y comarcas, varias decenas de rebaños a la entrada de una ermita donde el cura celebraba "**la Misa de las Ovejas**", poniendo cada pastor todo su empeño en que balando sus animales acreditaran su feligresa asistencia.

En Vielha, la iglesia parroquial tiene su morada el **Cristo** policromado de madera más importante del románico; que originalmente superaba los dos metros. Interesa conocer su fábrica **Dera Lan**, que confirma el auge de la industria textil que a pequeña escala tuvo un día el lugar. Las puertas del edificio decimonónico están abiertas al público.

Cabe abandonar Vielha para disfrutar del **Parque Nacional**, si así se le antoja al viajero, aunque es preferible abordarlo a hora temprana para sacar el máximo provecho de los fulgores solares. Si, por el contrario, desea el viajero seguir adelante con el itinerario por el románico de las estivaciones que venimos proponiendo, encontrará, a poco de conducir, **Cassau** y **Gausac**, muy próximo uno del otro, patrimoniados los dos pueblos con iglesias románica y gótica respectivamente.

Continuando con el propósito de regresar a Artés, entre la **Sierra de Guarbes** y la de **Arengo**, por la carretera N230, sale a la diestra una estrecha calzada donde se suceden **Vilac**, **Mont** y **Montcarbau**. La elevada situación de **Vilac**, atalayada en lo alto del valle, habla de su estratégica importancia como sitio defensivo. Hay datos que recuerdan la existencia allí de una soberbia pareja de torres almenadas, otras tantas iglesias y un castillo. Reiteran el elogio de sus buenos tiempos señoriales las casonas, los dinteles y las balconadas imponentes.

El románico que sobrevive en su **iglesia de San Feliu** merece asimismo atención pero es en su interior donde se cifra el enigmático mensaje que canteros, escultores y ocasionalmente monjes y legos labraban en los pedernales de la pila bautismal. Allí conviven una bestia alada y una bella desnuda. Su significado alegórico se nos escapa. En cuanto a



Mont y **Montcarbau** a poco más de un kilómetro entre sí, agradecen las visitas poniendo a disposición del forastero sus bienes; sendos templos, y vistas admirables.

De nuevo en la nacional sale al paso **Betlan** y, a no mucho, el desvío que hemos de tomar a paso parejo con el río Varradós hasta sus fuentes y que ameniza el camino de retorno con las poblaciones de Vielha y Arròs. Ellos poseen también sus iglesias góticas y sus pilas románicas. El mayor atractivo del área emana, corre, salta, cae al deshelerse y

forma **cascadas**. La más popular de todas, con casi 25 metros de caída, en lo alto del **Bosque de Barrados**, que encontrará a no dudar, el viajero, al pasar el puente de Arròs tomando una pista de montaña señalizada.

Antes de recobrar Artés y descansar los horizontes en el ocioso sobre el Montardo, restan los pueblos de **Bagergue**, **Unya** y **Salardu**, muy próximos a los **Glaciares de la Maladeta**, uno de los pocos supervivientes activos del Pirineo.

SABORES A FUERTE TRADICIÓN

La Cocina del Pirineo Aranés no es la Cocina Catalana, ni la Vasca, ni la Francesa en sus variantes que más cerca le tocan. No es una Cocina Mediterránea ni completamente atlántica: es **Cocina de Montaña**, tanto como decir poderosa en sabor y valor calórico, como las rudezas que el clima exigen y las asperezas del relieve recomiendan.

En estos platos, que ayudarán al viajero a aclimatarse al entorno, se observa el predominio de caza, el uso abundante de especias y la generosidad de las salsas. En el hogar aranés, la tradición aún vigente basaba la dieta en la **Matanza del Cerdo**, los **Vegetales del Bosque y Prados**, como las apreciadas setas y, más excepcionalmente, la



carne de vaca y de oveja asada para fiestas. A los embutidos comunes a las restantes tierras peninsulares se suma aquí la típicamente catalana **Botifarra Crua**, según y dónde también llamada **Llonganissa** que

aderezada para pasar el invierno en sus diferentes y familiares mezclas, lleva el nombre de **Seques**. También para durar y hacer llevadero a sus comensales las penitencias del frío se elabora la **Lengua**, muy deliciosa.

La irreplicable circunstancia de aislamiento y conexión con el país francés del Valle que nos ocupa dota a su recetario del doble influjo notorio en el gusto por los **Patés**, sin olvidar las **Crepes**, y, en contraste, con preparados menos refinados y pastoriles como pueda ser el **Cofitatin**, guiso que guarece la vaca o la oveja, según el caso, bajo un caparazón de grasa.

Suele decantarse el forastero que se sienta a la mesa de un restaurante por platos de caza en sus diferentes estilos y que suele ser de carne de **Rebeco** o **Jabalí** que son los mayores mamíferos que pueblan los arbolados mediterráneo y montano. **Sopas** también gustan en el Pirineo y los **Potajes** y las **Escudelles**. Hay quien prefiere un solo plato de empaque, un **Asado de Cerdo** o **Cordero**, o uno de los **Estofados** a la usanza del lugar, en comunión con **Moras** y los apreciadísimos **Ceps**, que son la especie de bolletus más venerados por los gastrónomos de éste y el otro lado del fogón.

Los pescados, que llegan a la mesa, vienen de los ríos, así que suelen ser **Truchas** portadoras de la idiosincrasia de los fogosos caudales del deshielo, tranquilos inquilinos de los especulares *estany*s.

A los postres acuden los **Quesos**, las **Frambuesas** y, aromatizando los frecuentes **Licores**, la pródiga genciana y las nueces. Una copa de **Cassis** o de **Ratafa** o **Aigua de Nodes** es placer inestimable y perfecto digestivo.

LA RECETA SECRETA

LEGUMBRES MONTAÑESAS

La receta secreta que recomendamos es como entrante y se basa en la Olla Aranesa.

Precisa de hueso de ternera, espinazo de cerdo, 1/4 Kg de gallina, 1/4 Kg de pollo, hueso de jamón, rabo de buey o bien pato, zanahorias, repollo, garbanzos, alubias blancas, una tacita de arroz, fideos medianos, morcilla negra, 100 gr. de cerdo, 100 g. de ternera, 1 huevo, perejil, ajo y miga de pan.

Y se prepara del siguiente modo: previamente las carnes picadas y mezcladas, se las añade redondeando el bolo hasta lograr una esfera tan perfecta como sea posible, el huevo, el ajo, un poco de pimienta, la sal y la miga de pan. Quedará consistente y se hará rodar en harina. Hecho lo cual

será el momento de dorar y apartar. Entonces nos dedicaremos, con el resto de la carne, a preparar un caldo al que añadiremos con el primer hervor el bolo. El fuego trabajará muy despacio un par de horas.

Incorporamos las verduras, las alubias y garbanzos cocidos aparte y una hora más tarde, el arroz, la morcilla y los fideos medianos. El plato apenas tendrá que ligar unos quince minutos antes de servir en una fuente.

CIVET

El **Civet** es otra de las reliquias de la tradición culinaria, exquisito como segundo plato, del que revelamos los ingredientes:

4 Kg. de carne de jabalí, zanahorias, tres cabezas de ajo, semolets o cebollas, vino negro, una pizca de chocolate negro, tomillo, laurel y perejil.

Y algunas pistas de cómo prepararlo: es importante comenzar por la herramienta, una cazuela de barro. Allí, la carne, previamente frita, se pone a cocer en mitad de agua, mitad de vino. La carne que se habrá frito y macerado con las semolets, ajos y zanahorias, se echará a cocer añadiendo el chocolate. El fuego, cuanto más perezoso mejor, una jornada completa, que es lo necesario en este caso. Puede añadirse azúcar y corregirse de sal. Se sirve en cazuela.



PARADOR DE ARTÍES D. Gaspar de Portolá

Ctra. Baqueira Beret. 25599 Arties (Lleida)
Tel.: 973 64 08 01 - Fax: 973 64 10 01
e-mail: arties@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/

Textos: Juan G. D'Atri y Miguel García Sánchez Dibujos: Fernando Aznar